



**Nicolás Cruz y María Gabriela Huidobro (eds) (2018) *América Latina y lo clásico. Lo clásico y América Latina*. Santiago de Chile: RIL Editores, 342p. ISBN: 978-956-01-0550-9**

*Andrea Lozano-Vásquez (Universidad de los Andes)*

a.lozano72@uniandes.edu.co

*Patricia Zalamea (Universidad de los Andes)*

pzalamea@uniandes.edu.co

El volumen *América latina y lo clásico. Lo clásico y América Latina* reúne quince trabajos de un amplio espectro sobre la recepción de la materia grecolatina en nuestro continente escrita en su gran mayoría desde Latinoamérica. Los trabajos seminales que dan lugar a la compilación fueron presentados en una vigorosa y envidiable conversación que tuvo lugar en 2015, en medio de la segunda década de nuestro milenio pleno de revisiones de este tipo. En efecto, los autores forman parte de un campo de investigación de creciente interés, cuya vitalidad se manifiesta aquí particularmente en el aumento de preguntas, en la interdisciplinariedad de sus aproximaciones y en la amplitud de su espectro. En este volumen, por ejemplo, los trabajos no se circunscriben a una época o a un país. Las investigaciones recorren el territorio (Chile, Argentina, Brasil, Colombia, México) y van desde el momento del encuentro entre Europa y América hasta mediados del siglo XX. Son, como dijimos mayoritariamente latinoamericanos o escriben desde nuestros países, dato no menor en un contexto aún dominado por investigadores que trabajan y cuestionan estos legados desde el norte global.

La compilación no tiene ejes temáticos, pues su riqueza dificulta encontrarlos; está, eso sí, signada por un contrapunteo de cuestiones históricas y literarias. En ese sentido, quizá sean mejor identificables algunas intenciones compartidas y ciertos rasgos comunes entre las tendencias de lectura. Así por ejemplo, en algunos capítulos – “Retazos de autoridad: Transmisión y conocimiento de los autores clásicos en el Chile del siglo XVII. El caso del Cautiverio feliz”; “Fisonomías y morfologías de lo clásico. La autoridad clásica ante el fatal casamiento de la inexperta doncella (Santiago, 1743)”; “Tradición y recepción del arquetipo de un traidor: Catilina en el imaginario de Chile y Plutarco en las galerías de héroes chilenos de José Bernardo Suárez” – hay una búsqueda y análisis de los motivos clásicos que perviven en las letras americanas. Estos autores (María José Brañes, Rafael Gaune, María Gabriela Huidobro Salazar y Lucrecia Henríquez, respectivamente) develan una compleja apropiación clásica en territorio chileno. En esta se reconocen, por ejemplo, recursos como la *auctoritas*, la analogía y la metonimia, mecanismos de traslado entre ámbitos extraños, a la vez que un cierto espíritu nostálgico propio de las obras y autores estudiados. Sin embargo, no debe verse en esto un clasicismo acrítico. La afortunada *síncrisis* – valga el anacronismo – entre estudios literarios e históricos permite también identificar los determinantes históricos tal vez obvios pero aún poco trabajados: el influjo del currículo educativo, la circulación de libros y otros bienes culturales y la impronta indeleble de las comunidades religiosas en la configuración de las prácticas e imaginarios intelectuales de la América de la Modernidad. Finalmente, como señalan varios de estos estudiosos, estas contribuciones recuperan obras no accesibles en ediciones modernas, archivo privado (cartas) y otro conjunto de manifestaciones culturales que esperan la atención juiciosa de los académicos.

A caballo entre esta aproximación más concentrada en la pervivencia y una última que caracterizaremos como pragmática, un par de capítulos que denominaremos “mitográficos” ofrecen dos perspectivas diversas a los panteones locales. En ellos Eduardo Valenzuela – en “Mecanismos antiidolátricos en el *De correctione rusticorum* de Martín de Braga: Una mirada desde la evangelización temprana de América” – y Carolina Valenzuela Matus – “Mitos clásicos y dioses mexicanos en la Historia general de Sahagún” – presentan una hermenéutica y una epistemología. En el primer caso, el evemerismo y la demonización resurgen

ante el colapso de los modelos interpretativos en el momento del encuentro y la necesidad de incorporar en una historia común las peculiares comunidades americanas y sus deidades. En el segundo, se caracteriza la forma en que Sahagún construye un marco de sentido en el que los dioses mexicanos prehispánicos sean parangonables con los dioses grecorromanos como un mecanismo para desentrañar la religiosidad americana y realizar el proceso de evangelización. Esta unidad temática es una muestra ejemplar del remozamiento que ha traído la incorporación decidida de la mirada histórica, incluso historiográfica, a los estudios de recepción. Al acercarnos a los textos hoy considerados literarios desde una mirada diacrónica consciente de los prácticas que les dieron origen y de sus lugares de enunciación, recuperamos algo del alcance e interés que tenían para sus autores.

En el tercer y último grupo de contribuciones predomina una aproximación pragmática, más contemporánea, centrada en los usos y en cómo estos transforman la herencia clásica en consonancia con las necesidades coetáneas y locales. Esta transformación en ocasiones parte de conceptos y modelos políticos, como es el caso de la *deditio* y el *bellum iustum* – “La república de los españoles: Algunas reflexiones sobre la herencia romana en la conquista de América en el siglo XVI de Rosa Sanz de Serrano” –, a veces de incorporaciones metodológicas con frecuencia minusvaloradas. En este sentido, nos gustaría resaltar la contribución de Nicolás Cruz, compilador del volumen y autor del capítulo titulado “Conocimientos y saberes antiguos en el nuevo escenario americano”, dedicada a la inquietante cuestión sobre el origen del poblamiento americano. A manera de conclusión, Cruz señala el papel central que jugó la ficcionalización o, si quiere, el experimento mental en la tematización de algunas de las preguntas históricas, en este caso etnográficas y genealógicas que ocuparon a los primeros americanistas. Si bien su sugerencia merece un desarrollo que no recibió en esta ocasión, es el resultado de ese cruce disciplinar que gravita sobre el volumen: así como las herramientas históricas revitalizan los modelos literarios, así también los artilugios literarios son reconocidos como mecanismos cognitivos.

Seis de los restantes capítulos – “Los clásicos griegos durante la era republicana en Chile. La biblioteca de José Ignacio Víctor Eyzaguirre (1817-1875)”; “Los clásicos en la Nueva Granada y la Nueva Granada en los estudios

clásicos”; “Un diálogo con la tradición clásica latina en la Argentina del siglo XIX: Continuidades y rupturas”; “Usos del pasado grecorromano en la Curitiba de la primera mitad del siglo XX”; “A Confederação dos Tamoios y el mito del imperio: La nación brasileña independiente frente a la tradición occidental” y “Uso y/o abuso de la Antigüedad clásica en la arquitectura contemporánea. La Villa Getty en California como réplica de la Villa dei Papiri” – presentan estudios de caso. En ellos se proyectan los papeles que esta incorporación de los clásicos ha desempeñado en América Latina: la defensa del catolicismo, la cimentación política e incluso partidista de la nación, las independencias de nuestras etnias y territorios. El abanico es amplio y demuestra la profundidad de esa herencia presente en todas las esferas de la realidad. El talento crítico de estos autores – Paulo Donoso Johnson, Ricardo del Molino, María Carolina Domínguez, Renata S. Garraffoni, Brenda López Saiz, Olaya Sanfuentes– se manifiesta a su vez en las preguntas robustas casi siempre implícitas que animan sus reflexiones: cómo entender la presencia constante de los clásicos incluso en alas opuestas del espectro ideológico; cómo reivindicar la especificidad en esa recepción latinoamericana si los estudios siguen surgiendo y llevándose a cabo fuera de nuestro contexto; cómo incorporar en nuestro contexto la enseñanza europeizante de materiales europeos; cómo relevar las tensiones de esa importación y reconocer su colonialismo sin negar su papel en nuestra identidad o, si se quiere más dramáticamente, cómo inscribirnos en la tradición occidental sin invisibilizar nuestra raíz, a su vez multifacética y plural.

Sin duda alguna develar ese engranaje colonial es una de las deudas más notables del volumen. Los autores presentan sus reflexiones sin ahondar en las implicaciones culturales, muchas veces nefastas, de la incorporación de los clásicos europeos en el mal llamado nuevo mundo. Quizá esa es una segunda etapa de esta revigorización del clasicismo en las letras y la historia americana. La prolífica materia que sus estudios nos descubren ha de ser una invitación para un diálogo genuino, en el que se reconocen la ignorancia y el error propios. Una introspección del talante de la que realiza la doctora Aurelia Vargas Valencia, en su contribución: “El estudio del latín y de la tradición clásica en México”. En un recorrido diacrónico por diferentes momentos de la historia de las instituciones y sus formas de apropiación del legado clásico en México (siglo XVI, XVII, XVIII, XIX, inicio del siglo XX), la doctora Aurelia Vargas muestra cómo este legado se

hibrida con las culturas indígenas y los otros aportes en la construcción de la americanidad. Su trabajo y perspectiva es, en cierto sentido, la más tradicional. Se ocupa del corazón de ese legado – la lengua latina – y su recorrido cronológico se ocupa de México, probablemente el territorio en el que más se ha estudiado este influjo. Sin embargo, su conclusión es vertiginosa por su pertinencia y su poder de interpelación. Además de insistir en el compromiso pedagógico de nuestra labor como estudiosos y profesores, nos invita a tomar consciencia de la selección que realizamos sobre ese legado. Nos recuerda que el empobrecimiento del espíritu es fuente de los males de nuestras sociedades alertando sin embargo sobre el poder, positivo o no, de lo que hayamos de recuperar.

*Fecha de publicación: 26/01/2024*